

---

## Un inmenso favor

Mi amigo de infancia Custardoy está cada día más loco y ya no me cabe duda de que tarde o temprano acabará muy mal. Al hablarle de los graves problemas que me estaba causando un hombre poderoso de la ciudad, el empresario Jauralde, dedicado a perseguirme a mí y a mis allegados, no se le ocurrió otra cosa que pararme a mitad del relato y decirme: ‘No sigas. La historia en sí no me interesa, las he oído peores y más amenas también. Pero conozco al tipo que te lo puede solucionar. Te lo presentaré mañana, déjame a mí. Si él interviene, ya no habrá más acoso ni persecución’.

Al día siguiente volvimos a encontrarnos en el mismo lugar, uno de los bares del Hotel Palace de Madrid. Están todos tan llenos de gente haciendo negocios importantes y hablando de pactos y estrategias secretas que allí nadie tiene tiempo ni ganas de ponerse a escuchar a los de la mesa vecina, con lo que se ventila en la propia todos tienen suficiente. Cuando llegamos, el hombre al que había citado ya nos esperaba. Custardoy no había querido explicarme —eso es muy de él—, pero dados sus muchos y muy variados contactos imaginaba que sería algún colega de Jauralde con ascendiente o poder sobre él. El hombre había dejado una cartera acorazada sobre una butaca, se había instalado ante una mesa con seis asientos, aunque íbamos a ser sólo tres. Vestía convencionalmente, con traje y corbata —corbata amarilla salpicada de pajaritos, lo único de color—, parecía un individuo rico pero descuidado, se le veían brillos en la chaqueta y en los pan-

talones, de excelente calidad. Custardoy me lo presentó como el señor Garray, pero ese no debe ser su verdadero nombre, ni tan siquiera su apodo habitual. Tendría unos cuarenta años y grandes entradas en el pelo que intentaba disimular ahuecándose, usaría un champú voluminizador, así los llaman, según creo. Llevaba gafas con montura transparente, a lo largo de la conversación se le deslizaban con pereza hacia abajo, como si las patillas fueran demasiado cortas y no engancharan bien las orejas, o tal vez resultaba inevitable por causa de su chata nariz, era una nariz inadecuada para sostener nada encima, como si al retratista se le hubiera olvidado acabarla, cerrarla, quizá por eso la corbata era llamativa, una forma de compensar y de desviar las miradas ajenas de la impalpable nariz. No lo conseguía, porque cada poco rato se alzaba las gafas con el dedo índice, incluso cuando aún estaban en su lugar, un tic.

—Bueno, cuéntale —me dijo sin más Custardoy, tras las presentaciones y tras haber pedido unas consumiciones—. Como yo ya me conozco la historia, me voy a dar un garbeito por el hotel, a ver qué hay. Vuelvo en seguida.

Salió, lo vi encaminarse hacia la zona de tiendas, me dejó a solas con el señor Garray, quien puso su blindada cartera un segundo encima de la mesa, la abrió con seis movimientos rápidos (rápidos, pero seis, mucho candado tenía aquello), y se limitó a sacar de ella un folio en blanco, como quien se dispone a tomar notas. Tuvo cuidado de volver a cerrarla, con sus seis movimientos otra vez.

—Bien, usted dirá —dijo—. Pero antes de que empiece debo hacerle la pregunta de rigor, la que siempre hago. ¿Está completamente seguro de que no hay más solución?

Su tono era levemente funcionarial, no privado de cierta solemnidad.

—¿Más solución? —contesté sorprendido—. ¿A qué se refiere? ¿Más solución que cuál? Custardoy me ha dicho precisamente que usted sería el hombre que tendría la solución...

El señor Garray me interrumpió:

—Digamos que lo puedo ser, todavía no he aceptado. Por eso, antes de nada, le pregunto lo que siempre pregunto antes de nada: ¿está completamente seguro de que quiere quitar de en medio a su enemigo, a su competidor, lo que sea? ¿Está seguro de que no hay otra solución? ¿De que no se puede intentar antes algo intermedio, un buen susto, una campaña de amenazas, el secuestro de algún familiar? Porque si aún ve opción intermedia, es mejor que la pruebe y, claro está, que busque a otro para eso: yo no me encargo más que de lo total. No doy palizas, no hago llamadas, no hago secuestros, eso no es para mí, entiende. Y mis encargos sólo los acepto si el cliente no ve más salida, tiene que estar muy seguro. Es más: aunque lo esté, yo siempre trato de disuadirlo antes de aceptar, aunque eso sea tirar piedras contra mi propio tejado. Así que el procedimiento es este: si está usted convencido, dígamelo. Entonces le escucharé. A continuación intentaré hacerle abandonar la idea y optar por algo menos total. Sólo si no lo logro, y me convienen las condiciones, y lo veo todo factible con razonable facilidad, sólo entonces aceptaré su encargo. Pero antes de nada quiero ver su grado de seguridad, es decir, su grado de desesperación. Si no es absoluto desde el principio, ni siquiera vale la pena que gaste saliva contándome el cuento. No sé si lo ve claro: no soy yo quien va a persuadirlo a usted de seguir adelante; todo lo contrario, trataré de disuadirlo. Es usted quien ha de convencerme a mí, y si no está segurísimo de antemano, es inútil, no me convencería jamás. No sé si me he explicado.

Por suerte el señor Garray hablaba muy de prisa, sin dejarle a uno meter baza, y se había tomado su tiem-

po para plantearme su procedimiento con total claridad. Cuando él terminó su parrafada yo estaba atónito, pero no tanto como cuando la había iniciado y me había hecho comprender, de golpe, con qué clase de individuo me había citado Custardoy. 'Está chiflado', pensé. 'Cómo se le ha ocurrido que yo quiera matar a Jauralde, por muchas salvajadas que me esté haciendo.' Pero aún fue peor lo que pensé de inmediato, a continuación: 'En qué se ha convertido Custardoy. Qué clase de conocimientos ha llegado a adquirir, a qué gentes trata, no se le ha ocurrido otra cosa que traerme a un asesino a sueldo para remediar mis problemas, y además en un santiamén, de un día para otro, como si fuera fácil echar mano de individuos semejantes, para él debe de serlo. Se ha vuelto loco, ha perdido todo sentido de lo que se puede y no se puede hacer'. Casi me daba más pavor la imagen que se me aparecía ahora de Custardoy, mi amigo de infancia, que el disparatado descubrimiento que acababa de hacer: estaba sentado frente a un asesino a sueldo cuyo posible cliente era yo.

—¿Me he explicado? —insistió impacientado el señor Garray, y se alzó las gafas que esta vez, efectivamente y tras su parrafada, se le deslizaban por la inútil nariz.

Miré hacia la puerta por la que había desaparecido Custardoy, por ver si ya regresaba, aunque sabía que tardaría, estábamos en el Palace y se habría encontrado, seguro, a algún conocido o desconocida, tendría un martini en la mano en algún otro bar.

—Verá —le dije por fin al señor Garray—, me parece que aquí ha habido un lamentable error. Yo no he pensado nunca en esa clase de solución para mis problemas, si le entiendo bien, señor Garray. Custardoy desde luego me ha entendido mal, o ha interpretado mi desesperación, cómo decir, de manera exagerada. No sé cómo ha podido creer... No sabe cómo lo siento. Que lo haya

hecho venir hasta aquí para nada. De verdad, no me le explico. No sé, cada día lo veo más loco...

Garray abrió su cartera de nuevo y guardó en ella el folio que había sacado. En su lugar sacó un periódico y lo colocó sobre otra de las butacas desocupadas de la mesa de seis. Quizá ganaba tiempo para disimular su estupor.

—Entiendo —respondió con calma, aunque un chasquido de su lengua contra los dientes denotó fastidio, o quizá ni eso, contrariedad. Hizo una pausa y añadió—: Sí, cada día está más loco. Me va a oír. El problema no es, sin embargo, que yo haya perdido el tiempo, tengo otra cita aquí mismo dentro de... —miró rápidamente el reloj, que llevaba en la muñeca derecha, quizá era zurdo—... de treinta y cinco minutos, y no me falta lectura para la espera. —Y uno de sus ojos se fue hacia el diario—. El problema es otro, comprenda usted.

Se quitó un par de imaginarias motas de la chaqueta con brillos y se quedó mirándome muy fijamente a través de sus cristales y de su montura, tan transparente que casi formaba un todo con el vidrio. Sus ojos eran inexpresivos, ojos sin pestañas, me ponen un poco nervioso.

—¿Cuál es el problema? —le pregunté en voz demasiado baja para mi gusto. Carraspeé y añadí, más alto—: Créame que lamento muchísimo este malentendido.

—No me cabe duda —contestó—. Pero eso no nos resuelve el problema que ahora tenemos los dos. —Se detuvo, pero al ver que yo no decía nada, prosiguió—: Veo que no lo comprende, o no lo quiere comprender, se lo explicaré. Usted sabe ahora, innecesariamente, a qué me dedico yo. Antes le he dicho que no siempre acepto los encargos que se me hacen. Cuando alguien está decidido a quitar de en medio a un enemigo, o a unos padres, o a un rival, o a su marido, o a su mujer, o a un competidor en los negocios, ya le he contado que lo primero que hago

es intentar disuadirlo. Yo no soy de los que valoran conseguir clientes a toda costa, entiéndame. No soy de los que no se dan cuenta de lo que hacen, o no les importa lo más mínimo. Claro que no me considero más culpable de lo que pueda serlo el gatillo que yo aprieto. Yo soy otro gatillo, a mí me aprietan también, me aprieta quien me contrata, no tengo conflicto con eso. Pero no soy tampoco un gatillo fácil, con el que se pueda jugar, vea usted. No admito bromas, ni indecisiones, ni arrepentimientos, entre otras razones porque son las indecisiones y los arrepentimientos los que pueden ponerme en peligro. Antes, durante, y sobre todo después. Quien me aprieta a mí ha de estar muy seguro, tanto que mis propios argumentos en contra no lo puedan disuadir en modo alguno. Quien a mí me aprieta debe tener la sensación inequívoca de que al dejarme, al ceder, le estoy haciendo un enorme favor. Debe sentir agradecimiento, debe verme como a su salvador.

—Pero le pagarán bien —no pude evitar decir (no me convencía mucho lo del favor).

El señor Garray debió de ver por dónde iba mi comentario, porque contestó:

—También eso han de percibirlo como un inmenso favor. Yo les hago el inmenso favor de aceptar su dinero y aceptar su encargo. Yo no necesito mucho, vivo bien. Sin grandes lujos, pero bien. No tengo grandes necesidades, las de cualquiera con una familia, y no hace falta tanto para vivir bien, la gente se ha hecho ambiciosa hoy en día, nada les basta y nada les sobra si se lo ofrecen, siempre quieren más. Yo estoy bien como estoy. —Se detuvo, dándose cuenta de que mi observación lo había hecho desviarse en exceso del problema que teníamos ahora, él y yo, según él—. A lo que iba —añadió, a la vez que se planchaba meticulosamente, desde el nudo hasta la punta, la corbata amarilla con el dorso de su mano—, las personas que saben a qué me dedico son sólo personas

que me han contratado o me han querido contratar, gente que me ha pedido un favor y que me va a estar siempre agradecida. Gente, por tanto, que no me va a buscar las cosquillas ni se va a ir de la lengua nunca, entiende.

Empecé a entender. O quizá había empezado ya desde el primer instante, sin querérmelo reconocer, confiando en equivocarme. Si el problema era ese, no tenía fácil solución, pensé con temor. Y dije:

—Pero usted no siempre acepta. Quiero decir: habrá personas con las que habrá hablado con tanta o más franqueza que conmigo, y que a la postre no le habrán encargado el trabajo, fuera por su falta de convencimiento o porque usted lograra quitarles la idea de la cabeza, ¿no? Esas personas también sabrán de su tarea, y sin embargo entre ellas y usted no habrá existido finalmente un vínculo que ligara a ambas partes, no sé si me sigue bien.

Garray continuaba alisándose la corbata, ahora por la parte posterior, que no suele quedar a la vista. No me gustaba ese movimiento alisador, planchador, con el dorso de su mano, debía de ser meticuloso, en su trabajo también, probablemente uno de esos hombres que hacen siempre más de lo preciso, que toman todas las precauciones y no dejan cabos sueltos, que nada dejan al azar ni corren riesgos. De qué lo conocería Custardoy. Seguramente le habría encargado algo, pensé de pronto con espanto, no se me había ocurrido hasta aquel instante. Pero tal vez, con suerte, Garray lo habría disuadido, y entonces mi amigo de infancia no tendría un asesinato a sus espaldas, sólo la tentación de encargarlo, ojalá que fuera así.

—Sí, le sigo —respondió el señor Garray—. Pero su caso es distinto de cualquier otro, de ahí que nos encontremos con este pequeño problema. —Me alivió que lo calificara de ‘pequeño’ esta vez—. Vea: esas personas cuyos encargos no acepté me contactaron en todo caso con la idea o intención inicial de que yo matara a alguien por

ellos. Cualquiera que haya llegado a establecer contacto con un totalizador (así nos llaman últimamente, es la palabra de moda, ya sabe cómo van estas cosas), y aunque el trato no haya cuajado al final ni haya habido muerte alguna, sabe ya algo muy importante: que podría cambiar de opinión y volverse atrás en su decisión. Cualquiera que llega a establecer contacto conmigo sabe ya, aunque a la primera se eche atrás, que puede regresar. Piensa, por fuerza, que acaso no está aún maduro para tirar adelante, que tal vez sea cuestión de acostumbrarse a la idea, de convivir más tiempo con ella, hasta llegar a verla como algo tolerable, como algo compatible con seguir viviendo después. O piensa que quizá a la próxima recurrirá al gatillo, es decir, con el próximo enemigo o competidor. El que llega hasta mí nunca descarta del todo volver, y así yo me siento seguro, aunque el vínculo que liga, como usted ha dicho, no se haya establecido a la postre. Su caso es muy distinto. Usted, resulta, no ha pensado nunca en quitar a nadie de en medio, todo ha sido producto de un malentendido gravísimo, impensable, una frivolidad imperdonable de Custardoy, le voy a dar un buen susto, me va a oír, aunque algo de responsabilidad también tengo yo. Pero vea: usted debe de estar escandalizado de mí, y no lo estará en cambio de sí mismo, como lo estaría cualquiera que (por ejemplo, a posteriori) se escandalizase de mí tras haberme conocido por iniciativa propia y con vistas a pedirme un inmenso favor. Ese, digamos, no podría condenarme sin condenarse a sí mismo también. A usted, en cambio, nada le impide condenarme, nada le impide escandalizarse de mí y de mi existencia. De hecho está escandalizado, ¿cree que no se lo noto? No es un asesino, ni siquiera ha estado tentado de serlo, como los demás que saben de mí. Usted no me ha considerado siquiera, por muy mal que lo tenga, por mucho daño que le esté haciendo quien se lo haga.



Bajé la vista. Me ponían nervioso sus ojos sin pestañas con lentes, pero sobre todo fue un acto reflejo y estúpido, como si al dejar de mirarlo pudiera darle a entender que no tenía intención de recordar su rostro, ni su apodo o su alias, Garray, era el apellido de un futbolista o el nombre de una población o quizá era el de un barco; ni de denunciarlo, ni de ir con el cuento a nadie.

—¿Y qué podemos hacer? —pregunté. También yo, pese a no haber querido hacerle nunca ningún encargo, empezaba a verlo como a alguien a quien se debe un inmenso favor, y que puede solucionar las cosas y que merece agradecimiento. Sólo quería dejar de tenerlo delante, que me permitiera marchar, que se olvidara de mí. Aguardé su respuesta, pero debo reconocer que en ningún momento esperé la peor respuesta, la que habrían temido los grandes aprensivos, los timoratos, los asustadizos, los pesimistas y los fatalistas. Nunca esperé que dijera algo así como: ‘Pues lo siento mucho, pero voy a tener que realizar un trabajo sin encargo y sin cobrar, o mejor, se lo cobraré a ese chiflado imbécil de Custardoy’. No, esa respuesta no la temí.

Miró el reloj, en la muñeca derecha, zurdo.

—Nada —contestó—. Qué quiere que hagamos, aparte de lo que ya he hecho: le he hablado, le he expuesto nuestro problema, el problema gratuito y absurdo que nos ha traído ese imbécil chiflado de Custardoy. Si lo ve ahora, dígame que no vuelva a la mesa, que me llame esta noche, al móvil, dígaselo, no quiero ni verlo ahora. Creo que ha captado usted bien la naturaleza de nuestro problema. Qué más quiere que haga, ya le he dicho que yo soy sólo un gatillo y además difícil. Y los gatillos no se aprietan solos, no deciden, carecen de voluntad. Confío en su buen criterio y en su prudencia, eso es todo. Y ahora váyase, mi segunda cita podría adelantarse y prefiero que no se vean, sabiendo lo que sabe usted. En cuanto me pierda de vista dejaré de saberlo, ¿verdad? Y no creo que nos veamos más.

Según decía estas últimas frases se puso en pie, cogió mi gabardina de una butaca y me la echó sobre el brazo. Estuve tentado de pagar la cuenta, pero quizá se irrite, pensé, si me entretengo llamando al camarero y recogiendo vueltas, quiere que me vaya ya y seguro que no le importará abonar unas coca-colas. No es ambicioso, lo ha dicho, tampoco será tacaño, pensé.

—Descuide —le contesté. Iba a darle la mano para despedirme, pero él ya había desplegado su periódico y me daba la espalda. Él se había despedido ya de mí—. Y gracias —añadí. Pero el señor Garray no se volvió.

Caminé sin mirar atrás, salí del bar y busqué por los pasillos a Custardoy, lo que tendría que oírme, también a mí. No lo vi. Me asomé a los otros bares del hotel, también a varios salones. La gente tomaba sus aperitivos, era la una y media. Y al primer bar no me atreví a volver, aunque tal vez mi inencontrable amigo de infancia había regresado allí mientras yo lo buscaba, había entrado por otra puerta y nos habíamos cruzado. Lo localizaría más tarde, no podía arriesgarme a irritar a Garray, me había ordenado que me fuera ya. Así que salí por la puerta principal, bajé los escalones de la entrada y me dirigí hacia la izquierda, donde están los taxis. Y fue al abrir la puerta del mío cuando alcé un momento la vista, antes de entrar en él, y vi a pocos metros —lo vi de perfil pero claramente, con su pelo canoso abombado y sus ojos chicos siniestros— al empresario Jauralde que subía con prisa los escalones del Palace y desaparecía en su interior. Miré el reloj. Habían transcurrido treinta y cinco minutos desde que Garray había mirado el suyo por primera vez y había dicho: ‘Tengo otra cita aquí mismo dentro de treinta y cinco minutos, y no me falta lectura para la espera’.

—¿Sube o no sube? —me preguntó impaciente el taxista.

—Sí, perdone —dije, y entré y me senté.

Debieron de pasar más segundos de los debidos, porque le oí preguntar otra vez:

—¿Adónde?

‘No puede ser’, pensé. ‘No puede ser. Mucha gente se cita en el Palace, está siempre lleno de gente conocida, y de gente importante haciendo negocios y preparando estrategias, yo mismo he visto por allí a Jauralde en alguna otra ocasión. No puede ser, no será y no puede ser.’ Pero tampoco pude evitar preguntarme, antes de decirle al taxista mi dirección, si no se le presentaría ahora al meticoloso señor Garray la oportunidad de no dejar cabos sueltos ni correr ningún riesgo, y si no se le aparecería ahora quien lo apretase, quien apretase su gatillo difícil y sin voluntad contra mí, y si en contra de lo que creía no tendríamos que vernos más, una vez más. Y no pude sino encomendarme, entonces, a su tan mencionada como en realidad incierta capacidad para la disuasión.